



# EL MUNDO DEL REVÉS

PABLO ARANDA

edebé

# **EL MUNDO DEL REVÉS**



PABLO ARANDA

# EL MUNDO DEL REVÉS



**edebé**

© Pablo Aranda, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Coordinación de producción:* Elisenda Vergés-Bo  
*Diseño de la colección:* Book & Look  
*Fotografía de cubierta:* Shutterstock

1.ª edición, septiembre 2021

ISBN: 978-84-683-5364-7  
Depósito legal: B. 7116-2021  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# PRIMERA PARTE



El profesor, sentado, con chaqueta, hablaba mirando al frente, la vista fija en un punto al fondo de la clase. El tono era monótono y no leía, se lo sabía todo de memoria. O leía en una pantalla y por eso miraba más allá de los estudiantes. Gonza se volvió y buscó lo que le resultaba tan interesante al profesor, la pantalla en la que debía de estar leyendo su discurso, pero no encontró nada fuera de lo normal. El profesor parecía el presentador del telediario y Gonza pensó qué ocurriría si de repente anunciase la noticia del siglo, la madre de todas las noticias: el fin del mundo. Gema, igual que el día anterior, había faltado. ¿No suponía eso un poco el fin del mundo?

Sonó el timbrado de un mensaje, pero estaban en clase. En clase no pueden sonar mensajes porque no se permite el uso del teléfono. El presentador del telediario, o sea, el profesor, al que llamaban Mortadelo, desvió la mirada hacia Gonza, y Gonza se preguntó por qué lo miraba a él. Entonces volvió a sonar otro aviso de llegada de mensaje y Gonza sintió que su móvil vibraba en el bolsillo. Toda la clase lo miraba y él miró a su compañero de detrás para desviar la atención, sin mucho éxito. En las clases no se permite el uso del móvil, pero en las clases de Mortadelo todavía menos.

A Mortadelo le decían Mortadelo porque se parecía a Mortadelo, el personaje de los tebeos de Ibáñez. Un apodo antiguo elegido por estudiantes mayores



que hacía muchos años que habían dejado el colegio. Algunos alumnos seguían llamándolo Mortadelo sin saber que era un personaje de tebeo. La cabeza afeitada, las gafas caídas sobre la punta de la nariz, altísimo, ahí delante de Gonza.

—Eres tú, ¿no? —habló por fin.

—No, es el teléfono —respondió Gonza sin intención de hacer una gracia, pero la carcajada del resto de la clase enervó aún más al profesor de Lengua.

—Te has quedado sin móvil.

—Lo siento, voy a apagarlo, no creía que fuese a sonar. Lo tengo porque mi padre está hospitalizado, está en la UCI, le operaban esta mañana y...

—No me cuentes historias. Si eso me lo dijera Patricia, la habría creído, pero a ti no.

Patricia, al otro lado de la clase, se apartó el pelo de la cara al escuchar su nombre. Qué pelazo el de Patricia, largo, lacio, rubio, siempre recién lavado. ¿No será malo lavárselo tanto?

—Es la primera vez que me lo traigo. Ni siquiera es mío, es de mi hermana pequeña.

—Luis —se dirigió Mortadelo al estudiante sentado detrás de Gonza—. ¿Desde cuándo lo conoces?

—¿A Gonza?

—¿Desde cuándo lo conoces? —insistió el profesor.

—Vive cerca de mi casa. Desde que éramos muy pequeños.

—¿Conoces a su familia?

—Un poco.

—¿Puedes decirme cuántas hermanas tiene?

—Bueno, creo que ninguna —respondió Luis.

—Dame el móvil —ordenó a Gonza.

—Sí que tengo una hermana, lo que pasa es que apenas sale a la calle —casi gritó Gonza a Luis, volviéndose hacia él—. Es rubia, alta y con el pelo largo. —Se volvió al profesor—. Se parece mucho a Patricia.

Patricia se apartó el pelo de la cara, un poco pesada ya Patricia con el pelo.

—Dame el móvil y vete al despacho del jefe de estudios. Yo le aviso ahora.

Gonza sacó el teléfono.

—Mira, el iPhone 18 —dijo Mónica, y todos volvieron a reír—. Vaya zapato.

Se lo tendió al profesor y recogió sus libros. Cruzó la clase cabizbajo. Cuando ya casi había cerrado la puerta, volvió a abrirla un poco, asomó la cabeza y le habló al profesor:

—Profe, si llamaran a mi móvil comunicando que mi padre se ha muerto o algo, por favor avísame, estaré en el despacho del jefe de estudios.

Mortadelo perdió el control y le lanzó el móvil, pero Gonza cerró la puerta a tiempo, evitando el impacto. El teléfono se abrió, y la batería llegó hasta los pies de Patricia, que los echó hacia atrás para que la batería no los rozase. Patricia, hija, que es una batería, no una rata.

## 2

Patricia se apartaba el pelo ante el menor estímulo en un gesto mecánico, como cuando pasaba ante las clases de 2.º de ESO y algún idiota le susurraba algo.

—Patricia, ¿quieres que te dé clases particulares de lengua? —le dijo uno grandote sin ojos, todo flequillo.

—No, gracias —respondió ella, desafiándolo con la mirada, y el grandote sin ojos se puso colorado.

Pero Gonza a quien quiere es a Gema, a quien quiere-quiere, a quien ama con pasión. Es Gema la mujer con la que a Gonza le gustaría vivir en una cabaña de Suecia, a los pies de un lago y ellos dos meciéndose en un balancín mientras los hijos juegan a..., a..., ¿a qué juegan los niños en Suecia? Bueno, a los pies de un lago en Alaska, aunque qué frío en invierno, pobres niños. Bueno, en un sitio sin lagos pero con un campo donde los niños jueguen a lo que les dé la gana siempre que no armen mucho jaleo. Lo importante además no son los niños, sino que Gonza a quien quiere es a Gema, pero eso no impide que a veces mire a Patricia, con detenimiento, estudiando su contorno, preguntándose cómo demonios puede tener trece años si parece toda una mujer. Un día Gema le dijo:

—No te pases, tío, qué descarado.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? No paras de mirar a Patricia con cara de bobo.

—Es que me recuerda a mi hermana.

—Pero si tú no tienes hermanas, Gonza.

—Ya, pero me recuerda a la hermana que nunca tuve. ¿Sabes que yo deseaba tanto una hermana que mis padres fueron a Etiopía cuando yo era pequeño para intentar adoptar a una etíope?

—¿No me dijiste que tus padres nunca habían salido de España?

—Fue la única vez.

—¿Y por qué no probaron a tener otra hija ellos solos, una hija biológica?

—Eso cansa un montón, en serio.

—¿Y tú cómo lo sabes, espabilado?

—¿Yo? Bueno, ¿no te conté mis aventuras con Natalia, la croata que conocí en Dublín?

—No, solo me contaste que, como suspendiste Matemáticas, tus padres no te mandaron a estudiar en verano a Dublín.

—Y por eso suspendí Inglés. Todo está relacionado, Gema.

—¿Me prometes que nunca vas a volver a mirar a Patricia así con esa cara de alelado?

—Te lo prometo.

—Vale. Puedes mirarla, pero no como si estuvieras en trance.

—Patricia es un poco espectacular, pero nada más. No es mi estilo, en serio, Gema, es demasiado, no sé, demasiado occidental, con esos ojos tan claros, y tan rubia. A mí me va más el rollo asiático, ¿sabes a lo que me refiero?

—Pues sí, hijo, lo sé.